

FRANCO

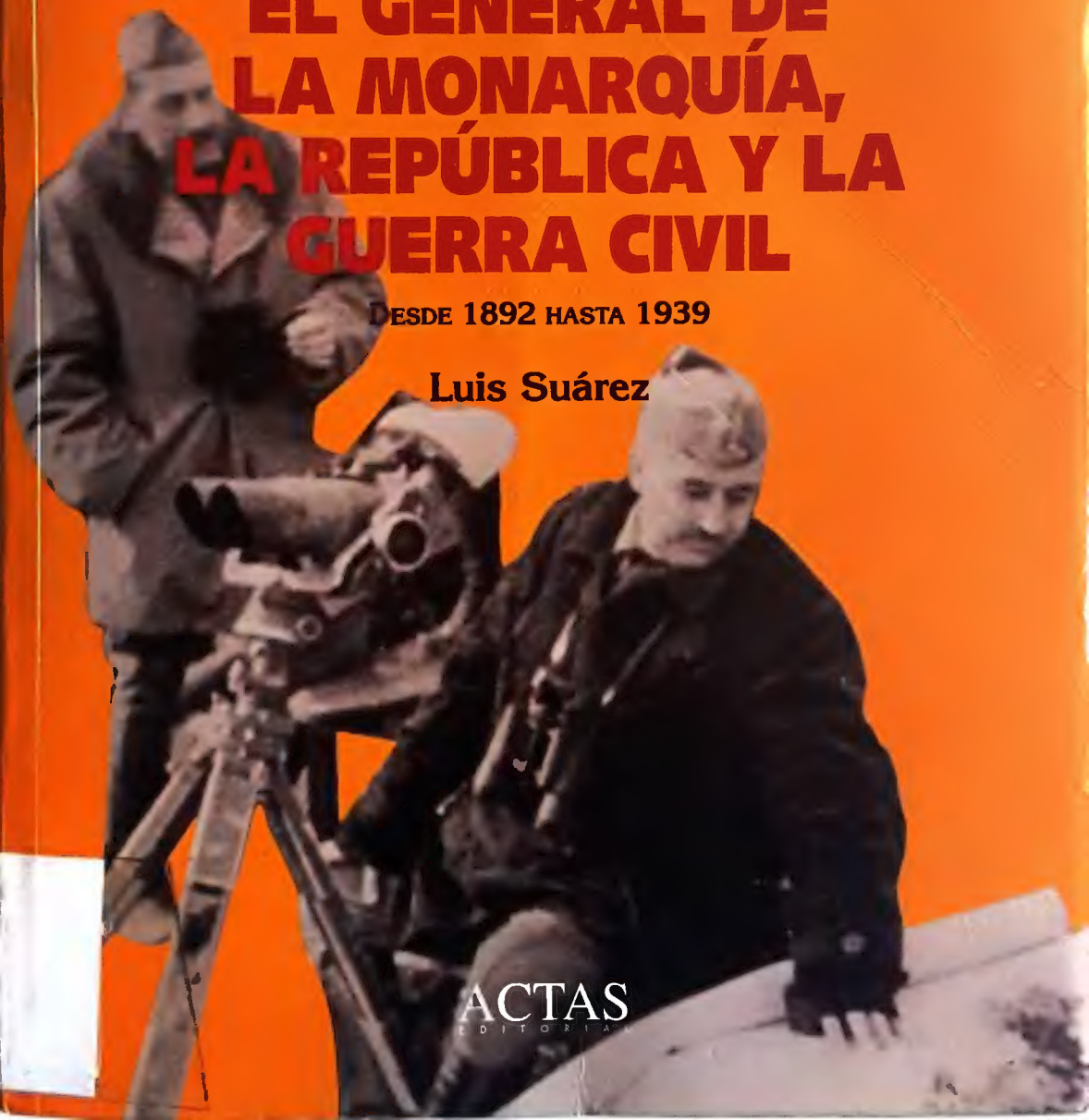
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez

ACTAS
EDITORIAL





**Luis Suárez
Fernández,**
nacido en
Gijón en
1924 es, en
la actuali-
dad, profe-
sor emérito
en la Uni-
versidad
Autónoma
de Madrid,

miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939)*.
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945)*.
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953)*.
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961)*.
5. Resistencia a la subversión *(de 1961 a 1967)*.
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975)*.

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

**FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO**

**EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA
Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939**

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Nota previa	13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo	15

PRIMERA PARTE FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino	49
I. El linaje de Franco	49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX	54
III. Divisiones ideológicas	59
IV. 1898	63
V. La aparición de los separatismos	68
Capítulo 2. La llamada de África	74
I. Origen de la cuestión marroquí	74
II. La Academia de Infantería	77
III. La Semana Trágica de Barcelona	78
IV. El segundo teniente	83
V. Marruecos, al fin	85
VI. El teniente de Regulares	88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de <i>El Biutz</i>	91
Capítulo 3. 1917	95
I. Oviedo	95
II. Trasfondos doctrinales	98
III. Los mecanismos de la revuelta	101
IV. El comandante Franco y la revolución	108
Capítulo 4. Diario de una bandera	112
I. La primera idea de la Legión	112
II. Dar Riffien	117
III. De Uad Lau a Xauen	121
IV. Annual	125
V. Dar Drius	127
Capítulo 5. El camino de Alhucemas	131
I. El fin de la Restauración	131
II. Franco, al frente de la Legión	135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera	140

IV.	La hora sombría de Xauen	143
V.	Alhucemas	147
Capítulo 6.	La Academia General de Zaragoza	154
I.	El general más joven de Europa	154
II.	El nombramiento de director de la Academia	158
III.	El fin de la Dictadura	163
IV.	El «error Berenguer»	167
Capítulo 7.	1931	173
I.	Franco y el 14 de abril	173
II.	Antimilitarismo	178
III.	Anticlericalismo	182
IV.	Cierre de la Academia General	188
Capítulo 8.	El día en que España dejó de ser católica	191
I.	La declaración ante el comité del Congreso	191
II.	La Constitución de 1931	195
III.	Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo	202
IV.	La Comandancia General de Baleares	208
Capítulo 9.	Franco se alinea en el anticomunismo	213
I.	El joven orador del teatro de La Comedia	213
II.	La doctrina falangista	218
III.	Victoria electoral de la CEDA	222
IV.	Ascenso a general de División	227
Capítulo 10.	Franco y la Revolución de Octubre	233
I.	Los preparativos del Golpe Socialista	233
II.	La toma de decisión	236
III.	Franco en el Ministerio de la Guerra	240
IV.	Las consecuencias	245
Capítulo 11.	Reorganizar el Ejército	249
I.	La evolución falangista	249
II.	Franco, jefe del Ejército de África	252
III.	Franco, al frente del Estado Mayor	255
IV.	El fin de Lerroux	261
Capítulo 12.	La tentación resistida	265
I.	Diciembre, 1935	265
II.	Las opciones preelectorales	268
III.	El resultado de la votación	273
IV.	Cinco días de febrero	276

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento	285
I. El fin de Alcalá Zamora	285
II. La candidatura por Cuenca	290
III. Los antecedentes de la conspiración	294
Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón	301
I. La carta a Casares Quiroga	301
II. Los argumentos jurídicos encontrados	307
III. Galicia saluda a Francia	313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general	315
Capítulo 15. Internacionalización del conflicto	320
I. Cuatro días de julio	320
II. Equilibrio de fuerzas	327
III. La búsqueda de mercados	330
IV. El «pecado original» de Franco	335
V. La posición ideológica inicial de Franco	339
Capítulo 16. Cruzar el Estrecho	343
I. La firme decisión	343
II. Por aire y por mar	345
III. Los barcos que la cruzaron	349
IV. De Sevilla a Talavera	352
Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado	361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento	361
II. La caída de Talavera produce cambios	366
III. Hora de decisiones	371
IV. El Decreto	375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo	380
Capítulo 18. Los cambios políticos internos	385
I. El ascenso de los totalitarios	385
II. Salamanca, Cuartel General	388
III. Salvar a José Antonio	392
IV. La difícil cuestión vasca	399
V. Don Miguel de Unamuno	403
Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida	408
I. El proyecto de No Intervención	408
II. La marcha sobre Madrid	412
III. El asalto a Madrid	417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia	423
I. La idea de enviar «voluntarios»	423
II. La muerte de José Antonio	426
III. El acuerdo hispano-italiano	429
IV. Batallas en torno a Madrid	432
V. Las gestiones del doctor Junod	437
Capítulo 21. Del altar y del trono	441
I. La actitud inicial del Vaticano	441
II. Las primeras gestiones de Gomá	445
III. Masonería	448
IV. Perspectivas de restauración	450
V. De nuevo el Comité de No Intervención	454
Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia	456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire	456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso	458
III. De nuevo la No Intervención	462
Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política	466
I. Rumores salmantinos	466
II. <i>Mit brennender Sorge</i>	470
III. El Decreto comienza a gestarse	474
IV. Tres noches de abril	477
V. Prisión de Manuel Hedilla	482
VI. Proceso y sentencia	485
Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica	491
I. Los voluntarios vasco-navarros	491
II. La Cuaresma de España	495
III. La ruptura del frente de Vizcaya	500
IV. El bombardeo de Guernica	503
V. Las concesiones de Franco	506
VI. Gomá y Pizzardo	510
Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio	513
I. Los obispos deben pronunciarse	513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola	515
III. Incidentes internacionales	519
IV. Al fin, Bilbao	522
V. El Vaticano reconoce a Franco	526
Capítulo 26. La decisión de Brunete	534
I. Eliminación del POUM	534
II. <i>Animal Farm</i>	536
III. ¿Victoria o derrota?	539

IV. La consecuencia: Santander	542
V. Belchite	545
VI. El final del frente Norte	547
Capítulo 27. Construir el Movimiento	550
I. Eliminación de la democracia inorgánica	550
II. El anuncio de la Monarquía	553
III. Los Estatutos del Movimiento	557
IV. Las dificultades internas	561
Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich	566
I. ¿Beligerancia?	566
II. La conferencia de Nyon	569
III. Alemania presenta sus demandas	572
IV. El proyecto Montana	575
Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma	580
I. Consejo Nacional del Movimiento	580
II. Vicente Rojo conquista Teruel	585
III. En las horas bajas	589
IV. La ruptura con la Hisma	591
Capítulo 30. Institucionalizar la Dictadura	594
I. El Consejo de Ministros	594
II. Las primeras acciones del Consejo	597
III. El crecimiento de Serrano Suñer	601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano	605
V. El fracaso de Manuel Irujo	609
Capítulo 31. Mare Nostrum	613
I. La decisión de febrero	613
II. El Fuero del Trabajo	616
III. Primeros pasos hacia una guerra general	620
IV. La batalla de Aragón	622
Capítulo 32. Final del Proyecto Montana	627
I. Las decisiones de Negrín	627
II. Dirigismo estatal deliberado	630
III. De nuevo el freno en los avances	634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana	637
V. La ley de Minas	643
Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich	646
I. Los planteamientos militares	646
II. El estancamiento	650
III. La crisis sudete	653
IV. La victoria en el Ebro	658

Capítulo 34. Barcelona	662
I. Secuelas diplomáticas de Munich	662
II. Los últimos esfuerzos de paz	666
III. El avance hasta Barcelona	669
IV. El final del Régimen Republicano	675
Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid	678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern	678
II. Proyectos para una capitulación	681
III. Los cuatro días de marzo	688
IV. La liquidación de la guerra	690
Notas	
Notas al Capítulo 1	694
Notas al Capítulo 2	697
Notas al Capítulo 3	701
Notas al Capítulo 4	703
Notas al Capítulo 5	705
Notas al Capítulo 6	708
Notas al Capítulo 7	709
Notas al Capítulo 8	713
Notas al Capítulo 9	716
Notas al Capítulo 10	719
Notas al Capítulo 11	721
Notas al Capítulo 12	723
Notas al Capítulo 13	725
Notas al Capítulo 14	729
Notas al Capítulo 15	732
Notas al Capítulo 16	736
Notas al Capítulo 17	739
Notas al Capítulo 18	743
Notas al Capítulo 19	747
Notas al Capítulo 20	749
Notas al Capítulo 21	751
Notas al Capítulo 22	753
Notas al Capítulo 23	755
Notas al Capítulo 24	760
Notas al Capítulo 25	764
Notas al Capítulo 26	768
Notas al Capítulo 27	769
Notas al Capítulo 28	771
Notas al Capítulo 29	773
Notas al Capítulo 30	775
Notas al Capítulo 31	779
Notas al Capítulo 32	781
Notas al Capítulo 33	783
Notas al Capítulo 34	785
Notas al Capítulo 35	787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial —la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno— cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo —en general contra el marxismo— y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 30

INSTITUCIONALIZAR LA DICTADURA.**I. EL CONSEJO DE MINISTROS.**

1. Las presiones alemanas pueden haberse contado entre las causas de que Franco se decidiera a dar un nuevo paso en la organización política: el 30 de enero de 1938, mientras su tiempo estaba preferentemente ocupado por los preparativos para la reconquista de Teruel, el Generalísimo firmó la segunda ley de su mandato, creando el Consejo de Ministros que sustituía a la Junta Técnica. De acuerdo con esta Ley y también con su propio nombramiento como Jefe de Estado, Franco ejercería la presidencia del Consejo. No se consideraba esta reforma como definitiva, pues se suponía que más adelante el Régimen nacional, sujeto a «la constante influencia del Movimiento» iría conformándose según conviniera. El propósito parece haber sido transferir las decisiones de gobierno a un órgano colegiado, garantizándose mejor el acierto, pero conservando en él la persona y significación de Franco, que en definitiva, seguiría tomando las decisiones últimas en los asuntos clave. Los historiadores prefieren ahora dar más importancia a otras dos razones: Jordana advirtió con insistencia de la inoperatividad de la Junta Técnica, y Serrano Suñer tuvo en cuenta que, habiéndose concluido el proceso de Unificación con los Estatutos del Movimiento, había llegado la ocasión de dar el paso siguiente.¹ Hay abundantes testimonios de que en esto Franco procedió con mucha lentitud. Era su norma.

Serrano Suñer afirma que todos los nombres de los ministros, salvo Jordana y Martínez Anido, fueron propuestos por él. En un informe de Hodgson a su Gobierno, cuando todavía el Consejo se hallaba en sus comienzos, el representante británico calificó el nombramiento de los ministros como paso a un sistema de secretarios de despacho.² Esto es cierto en un aspecto: el Gobierno se organizaba por Departamentos y cada ministro tenía que entregarse a la tarea correspondiente al suyo, sin representar un partido ni constituir con sus colegas grupo político. Se trataba por tanto de hacer más eficaz la dictadura, no de sustituirla. Pero en aquellos tiempos la Jefatura personal, como Franco la estaba ejerciendo, no era objeto de crítica y sí en cambio de muchos elogios por parte de personas que, más

tarde, pensarían de distinta manera. La unidad resultaba imprescindible para la victoria.

Si se tiene en cuenta la procedencia política de los ministros nombrados, debe reconocerse que Franco procuró no dar a ningún grupo primacía. Esto puede entenderse como un equilibrio de fuerzas para no mermar su poder personal —«que ningún grupo estuviese demasiado descontento ni demasiado seguro de sí mismo» (George Hills)— o como un designio deliberado, al que se mantuvo firme después, de que todos sus Gobiernos fuesen de concentración. El hombre de la calle tuvo la sensación de que Serrano Suñer, hasta entonces en la sombra porque no ocupaba cargo político alguno, había pasado a primer plano y era el nuevo hombre fuerte. Esta percepción contaba con muchos puntos de apoyo. También de que el falangismo —cuando se hablaba del Movimiento todo el mundo entendía que se hablaba de Falange— se había impuesto. Ciertamente que las expresiones y referencias a las virtudes del sistema totalitario menudearon; pero el uso se hacía de forma tan imperfecta que nos lleva a pensar que se empleaban, sin convicción, como medio de demostrar que se estaba «a la page».

2. Comencemos por el vicepresidente, Francisco Gómez de Jordana, antiguo miembro del Directorio de Primo de Rivera, alto comisario en Marruecos, aristócrata, moderado y monárquico.³ Pertenecía a la derecha tradicional antimasonica pero también contraria al fascismo. Despachaba con Franco muy frecuentemente y, sin duda, compartían dos ideas fundamentales: las desdichas españolas del tiempo pasado, desde la pérdida de las provincias americanas, debían atribuirse a la Masonería; era conveniente mantener a raya a los aliados alemán e italiano sin hacer concesiones, aunque estrechando relaciones con sus respectivos países, y al mismo tiempo, lograr un acercamiento a Gran Bretaña. En una de sus instrucciones al duque de Alba le aseguró que «concedemos más valor a la amistad de Inglaterra que a la de Francia» porque esta última estaba practicando una política de «complicidad con la España roja».⁴ Esta posición no era equivocada. En 1938, al asumir la cartera de Asuntos Exteriores a la vez que la vicepresidencia, el Reino Unido había evolucionado hacia una neutralidad clara, mientras que el Gobierno de París estaba prestando ayuda muy importante al Gobierno de Valencia.

Veamos la lista de los diez ministros. En Justicia estaba Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno.⁵ Era uno de los jefes del Tradicionalismo, pero también uno de los que más decididamente patrocinaba la candidatura de don Juan de Borbón reconociendo en él la unión de las dos ramas dinásticas. Había un solo Ministerio de Defensa, paralelo del de Guerra en el Gobierno de Valencia, unificando así todas las armas y cuerpos, y lo ocupaba lógicamente Fidel Dávila, que no abandonó por ello el mando del Ejército del Norte.⁶ Andrés Amado, colaborador de Calvo Sotelo durante la Dictadura, recibió la cartera de Hacienda, lo que quiere decir que siguió ejerciendo las mismas funciones que hasta entonces desempeñaba.⁷ Pedro Sainz Rodríguez, monárquico del grupo de Acción Española,⁸ tendría a su cargo la Educación que entonces se llamaba Nacional. Juan Antonio Suanzes, amigo de la infancia desde los ya lejanos tiempos de El Ferrol, era ministro de Industria⁹ y Alfonso Peña Boeuf¹⁰ ocupaba la cartera de Obras Públicas.

El aspecto más importante y, acaso, el más difícil de explicar, era el desdobra-

miento y ampliación de las funciones comprendidas en otro tiempo bajo el epígrafe de Gobernación. Pues Serrano Suñer —y para el embajador italiano no había duda de que en él se centraba todo— tenía la cartera de Interior, lo que le daba plena autoridad sobre los gobernadores civiles y sobre la prensa, porque acumulaba la que empujaba a llamarse Dirección General de Prensa y Propaganda del Movimiento.¹¹ Hechura suya, Pedro González Bueno, elevaba a Ministerio por vez primera la Acción Sindical, en un proyecto que entonces se iniciaba, de organizar en unidad el mundo de los trabajadores convirtiendo sus demandas en materia de derecho y eliminando la lucha de clases.¹² Así las cosas, lo que se dejaba al viejo general Martínez Anido¹³ y a su Ministerio de Orden Público, eran la policía y poco más: un cometido, casi imposible de cumplir, consistía en eliminar las represalias personales para que la represión, institucionalizada, se hiciera a través de las Auditorías de Guerra.

Siete de estos ministros podían ser considerados como técnicos y señalaban el enlace con la Dictadura de Primo de Rivera, con la que, sin usar este nombre, Franco deseaba enlazar. Falange estaba representada por una sola persona —aunque sin duda Serrano, y algunos otros, iban a proclamarse fervientes falangistas— que era Raimundo Fernández Cuesta: además de la cartera de Agricultura, ostentaría la doble Secretaría, del Consejo de Ministros y del Movimiento.¹⁴ Cada Ministerio contaba con una Subsecretaría y con varias Jefaturas de Servicio, equivalentes a Direcciones Generales. No tardaría mucho en ser restablecida también esta condición.

3. La creación del Consejo de Ministros representa uno de los pasos más decididos hacia la sistemática institucionalización del nuevo Estado. El proyecto incluía la transferencia de la Administración pública a expertos civiles y no a los representantes de un Partido. Había cinco militares pero de ellos sólo tres, Gómez de Jordana, Martínez Anido y Dávila, habían sido escogidos por esta causa; no podemos clasificar a Suanzes o a Fernández Cuesta como «militares» en el sentido político de la palabra y aun en el caso del conde de Jordana casi podríamos decir que había sido nombrado «a pesar de ser militar» para una función que nada tenía que ver con la milicia. Desde luego estaba Franco en la cúspide y él sólo bastaba para impregnar de espíritu militar todas las decisiones. Si nos atenemos al juicio de los consejeros italianos —cuyas equivocaciones en casi todos los asuntos son palmarias— se trataba de abandonar el tradicional derechoismo para iniciar el luminoso sendero que debía llevar España al fascismo. Y si tenemos en cuenta la opinión de sus rivales políticos, Serrano Suñer era el autor y responsable de esta tendencia.¹⁵

Tratemos de atenernos a los hechos y no a las opiniones que, por muy respetables que sean, siempre aparecen como unilaterales. La aparición del Consejo de Ministros significó que, en adelante, las leyes no serían producto de la voluntad individual del Jefe del Estado —como es sabido Franco usó solamente dos veces de esta prerrogativa en solitario, y la segunda precisamente para crear el Consejo— para ser el resultado de una deliberación colegiada, en la que tomaban parte los sectores integrados en el Movimiento, con predominio tradicionalista en los primeros momentos. En otros términos: la Dictadura personal absoluta cedía el paso a una incipiente institucionalización del poder. Aunque otra cosa se haya dicho, el Gobierno no era una simple suma de secretarios de despacho encargados de ejecutar la voluntad omnimoda del Generalísimo: cada ministro era experto en aquellas funciones que

se le encomendaban y en las que a él correspondería tomar la iniciativa. En conjunto, el Consejo recibía una parcela importante de poder.

A diferencia de los esquemas puestos en marcha por Adolf Hitler de acuerdo con una vieja tradición o de los que subsisten en algunos países, en donde las reuniones de ministros son esporádicas y deliberativas, Serrano Suñer logró introducir la noción de que el Consejo también debía ejercer funciones de decisión. Esta decisión tomaba la forma de decretos y sólo en cierto modo también comprometía las leyes que, hasta la creación de las Cortes, eran competencia del Jefe del Estado. Por este procedimiento, los ministros, que podían firmar órdenes de rango inferior bajo su personal responsabilidad, necesitaban recabar el consenso de sus colegas antes de hacer triunfar una decisión que precisaba el rango de decreto; hasta el final del Régimen la condición se mantuvo y fue freno de gran eficacia como conocen bien cuantos participaron en la Administración. Ningún Partido tenía poder sobre los ministros. Franco, que hubiera podido instruir o mediatizar sus acciones, tampoco lo hizo: todos los ministros que han sido consultados, después de la muerte del Generalísimo y lejos de cualquier influencia, han reconocido que gozaban de libertad y responsabilidad. Eran muy pocas las cuestiones —Monarquía, relaciones con otros Estados, Leyes Fundamentales— que Franco retenía para la decisión última. En todo caso las decisiones seguían a prolongadas deliberaciones.

En su funcionamiento, a lo largo de treinta y siete años el Consejo de Ministros cambió muy poco. No faltaron, como es de suponer, tensiones y, sin duda, cuando se conozcan las Actas que yacen en archivos, podrán especificarse algunas; el juramento que prestaban les impedía referirse a las deliberaciones. Sesiones a veces bastante largas y aburridas pues había que escuchar informes ajenos en que no se hallaban interesados. Algunos distraían sus nervios dibujando viñetas en un block; Franco, en general, trazaba maquinalmente figuras geométricas, pero Carrero Blanco dibujaba excelentemente, tomando siempre como tema una encina. Los dibujos de Franco aparecen también en otros papeles que nada tienen que ver con el Consejo. Los textos de los decretos que se presentaban eran distribuidos a todos los ministros con suficiente antelación, de modo que éstos, consultando a los otros funcionarios de su Departamento, llevaban de antemano decidida su respuesta o su proposición alternativa.

Testigos directos, de muy variado signo, coinciden en decir que Franco tenía costumbre de hablar muy poco, escuchando en cambio mucho: era capaz de permanecer sentado horas y horas, sin dar signos de fatiga, sin permitir a sus ministros fumar durante la sesiones. Desaparecieron los bombones que introdujera Alcalá Zamora. Para mejor asegurar la reserva, los miembros del Gabinete debían abstenerse de tomar notas. Al parecer las Actas recogían únicamente las decisiones que se adoptaban sin entrar en el detalle de las deliberaciones ni tampoco de las divergencias. Éstas son conocidas por otras fuentes o ignoradas en absoluto.

II. LAS PRIMERAS ACCIONES DEL CONSEJO.

I. Todo el mes de febrero de 1938 resultó agitadoísimo: se trataba de instalar debidamente los distintos Ministerios, también desde el punto de vista material. Se indi-

có que, provisionalmente, las reuniones del Gabinete tendrían lugar en Burgos, confirmando así la condición de capital que a esta ciudad se reconocía. El 2 de febrero los ministros tomaron posesión de su cargo pronunciando un juramento, ante la Cruz y sobre los Evangelios, de fidelidad «al Jefe del Estado» y a los «principios» que informaban el Movimiento. No tenía Burgos dimensión suficiente y así algunos Ministerios se instalaron en ciudades no muy lejanas. El de Industria y Comercio radicó en Bilbao, los de Obras Públicas y Acción Sindical en Santander; Rodezno y Sainz Rodríguez, que se mostraban colaboradores entusiastas, prefirieron Vitoria; Martínez Anido siguió instalado en Valladolid y hubo otros en Salamanca. Nicolás Franco fue enviado a Lisboa como embajador, y Sangróniz a Caracas con la misma misión. Los consejeros alemanes consideraron que este alejamiento favorecía sus planes pues consideraban a Serrano Suñer un amigo más fiel.

Sin embargo basta el simple enunciado de las actividades anteriores de sus miembros para comprender que a pesar de la declaración programática ofrecida a la prensa y redactada por Serrano Suñer de ir a «la organización nacional-sindicalista del Estado», había muy poco nacional-sindicalismo en todos ellos. Si tuviésemos que buscar un denominador común probablemente tendríamos que referirnos a tres aspectos: la nostalgia emotiva hacia la Dictadura, el monarquismo y la convicción católica muy fuerte. Había, especialmente, un cambio de mentalidad. La Junta Técnica se había entregado a la tarea de ganar la guerra. El Gobierno empezaba la construcción del nuevo Estado. De este modo hubo preocupación por anular las leyes antirreligiosas de la República como la del divorcio o la que obligaba a los católicos a contraer matrimonio civil con independencia del sacramento (en adelante la ceremonia religiosa era comunicada al registro para sus efectos civiles); quedó restablecida la enseñanza católica; volvió el crucifijo a las escuelas; la Compañía de Jesús recuperó sus bienes y su influencia. Se inició una amplia campaña de recristianización y moralidad pública no exentas de gazmoñería y exageraciones ocasionales. Una ley del 15 de diciembre de 1938 devolvía a Alfonso XIII, por acuerdo del Consejo de Ministros y a propuesta de Franco, todos los derechos y prerrogativas correspondientes a su persona, suprimiendo las disposiciones adoptadas por la República y, para «reparar la injusticia» se ordenó que la misma se fijara en todos los Ayuntamientos. Don Alfonso pudo, de esta manera, recuperar los bienes que formaban su fortuna privada.

Las mayores dificultades procedían de la duplicidad de funciones entre los Ministerios de Interior y Obras Públicas, pues, por ejemplo, los delegados provinciales dependían para unas funciones de Serrano y para otras de Martínez Anido. Así que cuando este último falleció, en diciembre de 1938, se decidió refundirlo, pero de esta manera Serrano Suñer pasó a ser una especie de superministro con tres Subsecretarías en lugar de una: la de Interior, la de Prensa y Propaganda y la de Orden Público. Esto ayudó mucho a su crecimiento.

2. Al optimismo creado por este gran paso político ayudó mucho la reconquista de Teruel; indirectamente se presentaba como triunfo ya del Gobierno. Franco la había señalado como objetivo inmediato antes del cambio. Tras unos días de tregua, impuesta por el cansancio y por la capitulación de los defensores, Fidel Dávila pasó a la acción, en dos etapas escalonadas: como no se trataba de socorrer a los defen-

sores se concibió una maniobra sobre el río Alfambra con desbordamiento de los dos flancos. Los consejeros alemanes la criticaron; para ellos nada debía preferirse al choque frontal y abierto. Pero Dávila quería pagar el menor precio posible en vida de sus soldados y asegurar en cambio muchos prisioneros. Entre los días 17 y 19 de enero había realizado una marcha de aproximación hasta situarse en las riberas del río, y resistió luego el contraataque enemigo. Rojo no quería tampoco emplear sus reservas en una defensa a fondo de Teruel porque entendía que mayor importancia tenía el frente de Extremadura, hacia el que debían confluír muchas y mejores unidades. Franco, que había comentado con Stohrer, el 1 de febrero, que ahora estaba en condiciones de pasar a la ofensiva e «incluso, tal vez, recobrar la ciudad»,¹⁶ había estudiado cuidadosamente los planos y despliegue de tropas¹⁷ y dicho a Dávila que podía seguir adelante.

El 5 de febrero, Dávila lanzó su ofensiva, contando con 500 bocas de fuego, abundantes aviones y un tiempo mucho más templado. Durante doce días se libró la que comúnmente se denomina batalla del Alfambra, que ocasionó al enemigo terribles pérdidas por embolsamiento de unidades completas: Vicente Rojo disolvió la División 42 destituyendo a todos sus jefes y comisarios por negligencia. El 17 se había cruzado el Alfambra por varios puntos y, venciendo fuerte resistencia, se alcanzó Teruel. Valentín González «el Campesino», que temía verse cercado, tomó la iniciativa de ordenar la evacuación de la ciudad de la que tomó posesión Aranda el día 22. 15.000 bajas entre heridos y muertos y 7.000 prisioneros significaron un golpe muy duro para el Ejército Popular. Pero también los nacionales habían sufrido pérdidas muy cuantiosas. Teruel demostraba que nada estaba resuelto todavía.¹⁸

Sin embargo no hay más remedio que admitir que la victoria, moralmente, pertenecía a Franco y a sus hombres. Aunque las posiciones hubieran vuelto a los mismos puntos que ocupaban a principios de diciembre, es indudable que la pretensión republicana de apoderarse de una capital de provincia, había fracasado: una ciudad no es de quien la ocupa sino de quien la retiene. La propaganda roja había contribuido también a perjudicar a su bando, pues al abultar el significado de la conquista de Teruel, automáticamente magnificaba la reconquista. Además Franco podía decir que estaba en condiciones de garantizar a los suyos que no consentiría al adversario retener la posesión ni siquiera de un metro de tierra que lograra conquistar.

Así lo explicó en una de sus cartas al Duce, fechada el 16 de febrero, horas antes de iniciarse el ataque, aunque no se entregó hasta los primeros días de marzo, cuando en Roma se conocía la reconquista de Teruel. Adoptando un tono tranquilo y magisterial explicaba que lo importante, en la guerra, no está en los pequeños tropezos que puedan sufrirse sino en arrebatar al enemigo la victoria moral que ellos comportan, no permitiéndole conservar la pieza cobrada. También demostraba conocer con bastante exactitud la posición de la República cuya retaguardia no mostraba aún signos de derrumbarse. Tenía que proceder con cautela, siguiendo pasos contados.¹⁹ El Alfambra y Teruel brindaban una posibilidad ulterior de partir en dos el territorio enemigo. Madrid quedaba definitivamente relegado.

3. Se buscaba ya el dominio del mar en el Mediterráneo. Juan Cervera, almirante jefe de Estado Mayor de la Armada, venía insistiendo, desde setiembre de 1937, en la necesidad de reconstruir el viejo sistema, eliminando la Intervención Civil, y con-

centrando en el Estado Mayor todas las funciones, a fin de ganar decisivamente en eficacia.²⁰ De hecho se estaba procediendo a una reconstrucción, por compra o fabricación, de los materiales correspondientes a la flota y desde el otoño de 1937, con tres cruceros, cuatro destructores, dos submarinos, una eficaz aviación táctica y otros buques auxiliares, el almirante Moreno había conseguido interrumpir el tráfico enemigo dando origen a las consecuencias que conocemos.²¹ También aquí la propaganda nacional acabó volviéndose contra quienes la lanzaran: los periódicos magnificaron el éxito del Baleares, logrado el 7 de septiembre de 1937. Aquel barco era el orgullo de la marina nacional y casi un ejemplo de lo invencible que resultaba.

Entre los días 17 y 23 de febrero, mientras se llevaba a cabo la ocupación de Teruel, el grueso de la Flota, incluyendo los minadores «Júpiter» y «Vulcano», abandonaba el puerto de Palma para realizar una incursión sobre la costa entre Barcelona y Valencia, hundiendo barcos y bombardeando instalaciones portuarias. La aviación republicana respondió y el 22 de febrero el «Cervera» recibió impactos que le causaron 17 muertos. Nada de esto bastaba para cambiar el hecho de que los transportes marítimos estaban ahora interrumpidos.

El almirante republicano, González Ubieta, decidió dar la réplica demostrando que aún tenía superioridad de efectivos. Mientras el Canarias, Baleares y Almirante Cervera navegaban frente a las costas alicantinas dando escolta a un convoy que se dirigía a Sevilla, salieron de Cartagena, al amanecer del 5 de marzo, los cruceros «Libertad» y «Mendez Nuñez», los destructores «Almirante Antequera», «Sánchez Barcaiztegui», «Lepanto» y «Lazaga», con una flota de lanchas torpederas compradas poco antes en la URSS. Aunque parece que ninguno de los dos bandos mostraba intención de entablar un combate y que los republicanos aproaban ya hacia Cartagena, tuvo lugar un avistamiento, a las dos de la madrugada del que ya era día 6 de marzo. La visibilidad en la noche era escasa. El Baleares lanzó una bengala para descubrir al enemigo y descubrió de este modo su posición, dándole la oportunidad de centrar el disparo de sus torpedos. Tocado de lleno en la mitad del casco, se hundió en muy pocos minutos: estaba entonces a 75 millas del cabo de Palos.²² Franco tuvo entonces la oportunidad de congratularse de haber impedido embarcar al infante don Juan en este navío: hubo 727 muertos entre oficiales y marineros, y menos de 400 supervivientes recogidos por barcos británicos que navegaban por la zona.

El percance fue muy grave. Sumado al hecho de que la Flota republicana podía en aquellos momentos incorporar al servicio activo un nuevo crucero, Miguel de Cervantes, que había tenido que sufrir importantes reparaciones, la relación de fuerzas navales nuevamente se alteraba en favor de los republicanos. Sin embargo sucedió algo que los historiadores se explican mal: tras haberse magnificado, como es lógico, la hazaña, el almirante González Ubieta, siguiendo instrucciones o por iniciativa propia, retornó a la táctica defensiva y de protección de convoyes.²³ En cambio, el Gobierno de Burgos decidió otorgar prioridad al armamento naval: había que proporcionar al nuevo Estado una marina de guerra que previniese futuras eventualidades.

No se trataba de una medida de emergencia para atender a las campañas inmediatas, pues las decisiones no podían empezar a dar fruto hasta pasados dos o tres años, y no se creía que la contienda pudiera durar tanto. El 11 de julio de 1938 el Consejo de Ministros aprobó un proyecto para construir en España los ocho des-

tructores que formaban, como sabemos, el programa mínimo, renunciando a comprarlos fuera: ninguna potencia estaba ya dispuesta a desprenderse salvo de aquello que consideraba como material inservible. El programa era comienzo de una industria naval que debía radicarse en El Ferrol: al principio se contaba con la necesidad de importar la mayor parte de las piezas (59% para los cuatro primeros barcos); luego la proporción disminuiría (21% para los cuatro segundos); de modo que, a finales de 1939 los astilleros militares españoles estarían en condiciones de operar con absoluta independencia desde una fecha no posterior al año 1940.²⁴ Las pretensiones eran modestas, enderezadas a una protección del litoral, pero nada más.

III. EL CRECIMIENTO DE SERRANO SUÑER.

1. La creación del Consejo de Ministros incluía la posibilidad de un desplazamiento de los centros de poder. No porque hubiese transferencia del mismo desde la Jefatura del Estado a otro organismo distinto: Franco era presidente del mismo e inamovible porque la Presidencia estaba vinculada a la Jefatura. Pero había una nueva distribución del trabajo y, desde ella, se podía ejercer influencia creciente. Franco adoptó la actitud de escuchar y decidir, pero se reservó la iniciativa completa en una parcela importante de la Política Internacional y de la que debía conducir, paso a paso, al establecimiento de su propia sucesión. En su función de árbitro quedaba incluido el nombramiento y cese de los ministros; al no existir un Partido por encima del Estado, quedaba excluida cualquier competencia de aquél en las designaciones. Lo que no obstaba para que los nombres le fuesen sugeridos. Cuando Franco pensaba que el programa de un determinado ministro estaba cumplido, o que era necesario un golpe de timón para cambiar de rumbo, procedía a relevarlos. Ante sus ministros, Franco conservó una fría impasibilidad. «En realidad —dice Pedro González Bueno, miembro de este primer Gabinete— en ninguna ocasión vi al Generalísimo de mal humor, ni excitado».²⁵ Ellos le trataron con el mayor respeto. Los ministros puramente técnicos solían sentirse aliviados con el relevo: habían contraído méritos, redondeado una personalidad, pasando luego a funciones más lucrativas. Fueron éstos los que inventaron la curiosa frase de que «lo mejor de ser ministro es haberlo sido». Pero los que estaban dotados de ambiciones políticas se sentían muy molestos: se les despedía como si fueran un mueble usado. Nada de esto impidió que la exaltación de la persona y obra de Franco se convirtiera en una constante.

¿Hasta qué punto puede decirse que el poder de Serrano Suñer, como era opinión común entonces y muchos historiadores admiten ahora, había crecido, haciendo de él un eje principal en el Consejo de Ministros? De todos cuantos formaban aquel primer Gabinete, era el más «político», es decir, el de mayor experiencia y preparación; salvo Fernández Cuesta, también el que disponía de brillante equipo de colaboradores. La designación de Martínez Anido como ministro de Orden Público suponía una limitación de influencia. A Serrano, desde Interior, correspondía nombrar los gobernadores civiles, pero éstos podían verse limitados, de una parte, por los delegados de Orden Público, todos militares, designados por el general, de otra, por los jefes provinciales del Movimiento, que controlaban las fuerzas políticas.

Es indudable que la política de Serrano Suñer tendía a lograr una concentración y jerarquización de funciones, aumentando el poder del Estado. Favorecía de este modo el incremento de poder de Franco. Dicha línea de acción, unida a abusos de lenguaje, han podido interpretarse como proclividad al fascismo. Sería más correcto suponer que Serrano, una vez eliminados otros consejeros políticos que asistían al Generalísimo, estuviese procurando la creación de un sistema autoritario de gobierno que respondiese a las características españolas, ciertamente lejanas de las italianas y mucho más del nacional-socialismo. Si pasamos revista a las seis personas que formaban entonces su equipo, Dionisio Martín Sanz, José Antonio Giménez Arnau, Dionisio Ridruejo, José María de Areilza, Pedro Laín Entralgo y José Pemartín, encontraremos muchas de las claves de una actuación que quería sustituir la noción de socialismo por la de sindicalismo nacional. En él cabía la doctrina de los Papas.

Atribuir la influencia de Serrano Suñer al parentesco puede resultar erróneo. Es cierto que el hecho de que se tratara del cuñado de Franco y de que convivieran con él largo tiempo en un mismo domicilio, ha influido para que se produjera una posibilidad de colaboración; pero fueron, seguramente, las condiciones intelectuales y políticas, muy considerables, las que le aseguraron la primacía. Es probable también que haya exagerado sus relaciones de amistad con Primo de Rivera —él fue quien le presentó a Franco— pero todo ello con un propósito concreto: pasar de un Estado «campamental» (el calificativo es suyo) a otro más centralizado, en el que la autoridad fuese fuerte, pero limando también las aristas más agudas del totalitarismo. En el primer momento los alemanes no le reconocieron como hombre fuerte: Stohrer y Bernhardt, que seguían batallando por el asunto de las minas, acudieron al conde de Jordana y negociaron directamente con él.²⁶ Pasaría algún tiempo antes de que se decantase su primacía.

2. Hasta abril de 1939 el Generalísimo tuvo que dedicar toda su atención a los problemas militares: la ruptura del frente más allá de Teruel y la llegada al Mediterráneo. No le quedaba mucho tiempo para la política. Además, con la parsimonia que usaba en todo, estaba comenzando a pensar, trazando líneas directrices y nada más. Fue un tiempo que Serrano Suñer aprovechó para afirmar su poder y emprender acciones que le acercaran al objetivo. Dirigiendo los medios de comunicación pudo fabricar una imagen del Régimen, en que la figura de Franco aparecía idolizada, es decir, distinta de lo que el Jefe del Estado era en realidad, y muy retórica, con frases de las que entonces estaban muy en boga. El Movimiento debía significar la desaparición de todas las tendencias que no quisieran o no pudieran integrarse en él.

En los meses de marzo y abril de 1938, mientras se producía la ruptura del frente, Franco elaboró personalmente un memorándum²⁷ que era casi un guión para las inmediatas tareas de gobierno. Sin duda fue utilizado para declaraciones a la prensa y sobre todo para su discurso del 19 de abril. Al tratarse de un texto manuscrito sabemos que estaba convencido de que la guerra se había decidido en el Norte y que la victoria era suya. Al traducir este esquema a declaraciones a los periódicos añadió algunos otros detalles, como la insistencia en conceder escasa importancia a los voluntarios extranjeros en su Ejército: apenas si llegaban al 5%. Por otra parte comenzaba a elaborar otra faceta de su pensamiento, que más adelante veremos desarrollarse:

estaba prestando a Europa un gran servicio, aunque no se le reconociera, al impedir que en España se implantara un régimen soviético, como era propósito del Frente Popular. Confiaba entonces en que, con el tiempo, este servicio se descubriría.

Añadía que, en los años siguientes las dos principales preocupaciones políticas tendrían que ser: a) contribuir, con sus relaciones exteriores, a que se conservara el equilibrio mediterráneo, reforzando su potencia militar defensiva, sin ceder bases ni territorio a nadie;²⁸ y, b) reconstruir su propio país, que iba a quedar arrasado por la guerra. Con cierto esquematismo, como siempre que se detenía a considerar cuestiones económicas, Franco estimaba que la reparación de los daños sufridos iba a ser el equivalente a tres mil millones de pesetas, valor de 1936, lo que representaba entre un 15 y un 20% de la riqueza nacional. Esperaba distribuir esta suma entre los impuestos de los próximos dieciséis años –lo que situaba la perspectiva final en 1955– sin que éstos pusiesen en peligro el desarrollo de la producción que debía comenzar inmediatamente.

El 19 de abril, pronunciando en Zaragoza el discurso conmemorativo de la Unificación Política, Franco expuso todas estas consideraciones en forma de diez puntos concretos, a modo de programa:²⁹

- «Consolidación de nuestro potente Ejército de tierra, mar y aire, y de las industrias indispensables a la guerra»,
- «La realización de la gran obra social, proporcionando a nuestras clases medias y trabajadoras (en el memorándum figuraba la palabra obreras, que se cambió) condiciones de vida más humanas y justas»,
- «Solución de los múltiples problemas que nuestra industria tiene para su resurgimiento»,
- «Mejoramiento intelectual, moral y físico de nuestras juventudes»,
- «Realización de la reforma económica y social de la tierra» (llama la atención que no utilizase el término regeneracionista de reforma agraria),
- «Restauración de nuestra marina mercante y de nuestra flota pesquera»,
- «Ejecución de los grandes planes de obras hidráulicas»,
- «Mejora de la vivienda y realización de la gran obra sanitaria nacional»,
- «Atracción del turismo, ordenación de la prensa» y, con todo ello,
- «La reconquista de nuestro prestigio en el mundo».³⁰

3. Eliminar a los disidentes y a todos aquellos que pretendieran realizar acciones políticas fuera del Movimiento y del ámbito del Gobierno; tal parece haber sido el propósito de Serrano Suñer en 1938. No mostraba inclinación ninguna por la Monarquía, ni tampoco oposición sistemática; simplemente guardaba silencio a este respecto. Los monárquicos, alfonsinos o tradicionalistas, serían bienvenidos siempre que aceptaran la plena integración: había que construir un Estado y lo otro vendría después. Ésta era, al menos en gran parte, también la postura de Franco. Eugenio Vegas fue enviado a Ceuta sin permitirle que tomara parte en las acciones de guerra. Juan Antonio Ansaldo acabaría, por ciertas faltas cometidas, detenido una breve temporada en el castillo de Santa Catalina de Cádiz y dado de baja en la Aviación. Ninguno de ambos podría ser calificado de demócrata liberal ni nada semejante; propiciaban una Monarquía personal autoritaria. Salvo estos casos aislados los demás

monárquicos, como los tradicionalistas, se incorporaron. La censura que entonces se estableció y en especial el control editorial propio de un tiempo de guerra, que se prolongó hasta 1945, fueron utilizados para evitar que se publicasen libros en favor de la Monarquía como institución. Las personas, en cambio, eran presentadas bajo una luz favorable.

La inmensa mayoría de la opinión monárquica, aunque desconfiaba de Serrano Suñer, se sentía vinculada a Franco; seguía viendo en él la mejor perspectiva para la llegada a esa meta. No se advirtieron disidencias hasta 1942, al producirse las victorias aliadas y, con ellas, el temor a un restablecimiento de la República. El grupo de Acción Española, la ACNP y los demás sectores afines, encontraban más útil operar desde dentro, oponiéndose a Serrano Suñer, que no desde fuera, combatiendo la que, a fin de cuentas, era su propia causa. Tal parece haber sido —es una hipótesis— la intención inicial de Gil Robles. Al tener noticia de la designación del Gobierno escribió desde Lisboa a Jordana y Martínez Anido preguntándoles si había algún inconveniente a que retornase a Salamanca. La respuesta fue enteramente favorable.

Gil Robles estuvo, en junio de 1938, en Salamanca pero sólo tres días. Contra él se desató una formidable campaña en los medios falangistas. Especialmente duro fue un artículo de *Libertad*, periódico fundado por Onésimo Redondo en Valladolid, pues le denunciaba como peligroso conspirador. Si suprimimos la hojarasca de las descalificaciones e insultos descubrimos el argumento esencial: la CEDA había sido el intento de la derecha española para insertarse en el sistema de partidos propio de la República. Si este sistema tenía que ser desarraigado, y para siempre, era intolerable que el jefe, que tanto contribuyera al desastre de la guerra, reapareciese en la escena política española. Gil Robles regresó a Lisboa y escribió, el 9 de julio, una carta a Jordana acusando a Serrano Suñer de toda esta agresión. Pocos días más tarde Cándido Casanueva visitó al ministro; ambos habían figurado en el mismo partido. La entrevista fue muy violenta. Casanueva recomendó a su jefe político que permaneciera en Lisboa pues entraba en lo posible que tuviera que enfrentarse con la justicia militar; en todo caso señalaba a Serrano Suñer.³¹ Gil Robles no retiró su apoyo a la causa nacional, pero se convirtió en enemigo de Franco, comenzando a luchar, como él mismo explica en un libro importante, por una Monarquía que viniese contra la voluntad de Franco y no de la mano de éste. En aquellos momentos los ideales políticos de Gil Robles estaban más próximos del corporativismo de Salazar y del principio de autoridad que de la democracia liberal parlamentaria.

La doctrina que los jóvenes colaboradores de Serrano trataban de difundir aborrecía de la democracia, pero también se alejaba del tradicionalismo. Hablaba mucho de revolución social, que estaba «pendiente» desde principios del siglo XIX. El propio Serrano, excluyendo a Franco, quería devolver a los militares a sus cuarteles. Se invitó a Gonzalo Queipo de Llano a integrarse en el Gobierno, ostentando la cartera de Agricultura, tan importante para los intereses andaluces, pero él se negó. Había razones de peso en esta negativa: hubiera significado abdicar de la posición de verdadero virrey que venía desempeñando. Para él la solución no estaba en el Gobierno sino en un directorio en que a los tres generales en jefe, Franco, Dávila y él mismo, correspondiese la decisión suprema repartiéndose, o poco menos, el territorio.

Primero se montó una operación de cerco en torno a la persona del general, que había conseguido extraordinaria popularidad en Andalucía. Toda la fuerza de su pro-

paganda se apoyaba en unas charlas radiofónicas, que todo el mundo escuchaba, y que fueron motivo de crítica. Tal vez se adelantaban a la costumbre de maledicencia y burla que tan abundante se ha hecho después, pero que en 1938 resultaba poco ejemplar en una persona revestida de su autoridad. El Gobierno las suprimió. Reducido al mando de un frente secundario en donde no podía obtener grandes victorias —la gran ofensiva de Pozoblanco, entre febrero y abril de 1938 se cerró con un empate— su popularidad comenzó a decrecer. Franco se movía probablemente con dificultades: no quería incurrir en ingratitud, pero tampoco le convenía esa especie de isla particular dentro del Estado. Serrano pudo contar con el apoyo del Generalísimo.

En un viaje a Sevilla, y a través del homenaje que la ciudad rindió al general, Serrano Suñer pudo comprender que Queipo no estaba dispuesto a ser figura de segundo orden. Fue entonces cuando el ministro decidió ensayar aquí el proyecto que tenía in mente, de unir en un solo titular el Gobierno Civil de cada provincia y el jefe del Movimiento. Designó a Pedro Gamero del Castillo: era el medio de someter el Movimiento al Gobierno y, también, de reducir a los delegados de Orden Público al nivel de lo que verdaderamente eran, jefes de policía, sujetos a obediencia respecto al gobernador. Para que no hubiera duda Serrano estuvo presente en la toma de posesión. Enseguida comenzaron los enfrentamientos, que llegaron a extremos de injurias personales: Queipo llamó a Gamero «mequetrefe sin seriedad, hombría ni dignidad» y acusó a Serrano de estar forjando una conjura contra él.³² Franco trató de calmarle, quitando importancia al asunto, pero dando en todo caso la razón a Gamero que había relevado de su puesto al alcalde. Carranza, para nombrar a Benjumea.

Queipo hizo un viaje a Burgos tratando de convencer a Franco de que abandonase todas aquellas ideas de un Gobierno y volviese a la que era su obsesión, un Directorio militar. Serrano jugó con mucha habilidad: dijo que lo mejor sería que se entregara al general la cartera de Interior, desde la que, sin duda, haría la misma política que ahora se estaba siguiendo. Sabía sobradamente don Ramón que esta fórmula nadie iba a aceptarla. Pero eso le dio pie para explicar la querella en términos precisos: un general, por ilustre que sea, no puede desobedecer al Gobierno, máxime después de haberse negado a formar parte del mismo. En un Estado de Derecho nadie ejerce un poder personal independiente.

IV. LAS MUY DELICADAS NEGOCIACIONES CON EL VATICANO.

1. Para un Régimen que dentro de la nueva forma de Estado se declaraba confesionalmente católico, las relaciones con la Iglesia revestían importancia y significación mayores que en cualquier otro caso. El conde de Rodezno, ministro de Justicia, al que correspondía el peso principal en esta materia, demostró, enseguida, que su intención era conseguir la derogación de todas las leyes que afectaban a la vida cristiana o a la acción pastoral de la Iglesia;³³ Franco, por su parte, puso todo el empeño necesario para restaurar a la Compañía de Jesús en todos los derechos y propiedades que poseía cuando la República la declaró fuera de la ley (3 de mayo de 1938).³⁴ Pero esa buena disposición tropezaba con serios obstáculos. Volvamos atrás para explicarlos.

La Santa Sede, ante la que la República acababa de nombrar un embajador, Luis de Zulueta, en sustitución de Pita Romero, sin que hubiese tiempo para tomar contacto, nada sabía de los preparativos para el Alzamiento y así los primeros días el diario vaticano, *Osservatore Romano*, publicó noticias muy escuetas acerca de que en España se había producido una revuelta militar. Hasta el 23 de julio, cuando muchos cristianos laicos y sacerdotes habían sido asesinados, no hubo constancia de que se estaba produciendo una persecución religiosa. En los días siguientes las noticias aumentaron y el periódico dedicó gran espacio y duras palabras para este hecho que atribuía a los comunistas. El 26 de julio, en un amplio editorial, se explicó de qué modo la persecución contra el catolicismo había comenzado ya inmediatamente después del 16 de febrero; el Frente Popular era un enemigo de la Iglesia. El 31 de julio el cardenal Pacelli presentó al embajador Zulueta una protesta, en términos muy duros y dolorosos: constaba, pues, al Vaticano, que se había prohibido toda manifestación de culto y que la persecución era sangrienta. Desde este momento resultaba indudable que la Iglesia no tenía otra esperanza que una derrota del Frente Popular que aventase todos aquellos odios que padecía. De cuestiones políticas no se hablaba. El Gobierno de Madrid replicó que deploraba los excesos pero, como sabemos, nada hizo por enmendarlos; probablemente tampoco le hubiera sido posible, aunque quisiera.³⁵

Los nacionales entendieron, y así lo proclamaron, que ellos eran como el brazo armado de la Iglesia que, por boca de algunos de sus más ilustres prelados, declaraba «cruzada» la batalla que estaban librando. Esto era cierto, pero entre tanto, seguía abierta testimonialmente la Nunciatura en Madrid —una mancha ya insignificante en la capital que alardeaba de ateísmo— y no se producía el reconocimiento esperado. La Santa Sede podía argüir que todavía no se había constituido un Gobierno. Por eso se conformó con encargar a Goma la representación oficiosa. Mientras tanto se producía la expulsión de Múgica y el salvamento in extremis del cardenal Vidal y Barraquer. Ambos tenían puntos de vista que diferían, en cierto modo, de los de otros miembros de la jerarquía; presentar sus reticencias como apoyo a la República es, cuando menos, una falsificación. Por otra parte las gestiones del marqués de Magaz no habían complacido, ni mucho menos, a los monseñores de la Secretaría de Estado. No se permitía la menor duda respecto a que debería declararse vigente el Concordato de 1851.

2. El punto de vista de Múgica que, al principio, como sabemos, se había mostrado muy determinadamente partidario de los militares o al menos de quienes, en el País Vasco, repudiaban la alianza con el Frente Popular, se inscribía en la línea de los intereses de sus diocesanos. Con el tiempo había pasado a defender al Gobierno de Euzkadi porque consideraba que en él había una garantía de defensa del catolicismo desde la vasconeidad. La Santa Sede no aceptó este punto de vista, pero sí llegó a la convicción de que le convenía tratar el asunto de un modo muy diferente al del resto de España. De ahí los esfuerzos que hemos considerado en páginas anteriores para lograr una capitulación negociada. Pacelli no pudo por menos de reconocer que en este aspecto los obstáculos interpuestos por Franco habían sido mucho menores que los presentados por Aguirre, intratable en todo lo que no supusiera un reconocimiento, al menos, de la autonomía. El Vaticano decidió retirar a

Música de la escena y sustituirlo en Vitoria por monseñor Lauzurica, que era obispo auxiliar de Valencia.

En su primera carta a Pacelli, del 2 de setiembre de 1936, Vidal y Barraquer expuso un razonamiento largo, e importante. El drama que ahora estaba viviendo la Iglesia en España, era la consecuencia de dos hechos: a), los católicos, desoyendo los consejos vaticanos, «no habían sabido unirse en el orden político, formando un frente único» y, b) al contrario, habían criticado a quienes intentaron, por medios pacíficos, llegar a un entendimiento. «No han faltado eclesiásticos –decía en son de queja– que han malgastado sus energías en combatir y desprestigiar calumniosamente a personas y partidos de orden y a la Acción Católica, sin detenerse ante la misma jerarquía». Todavía estaba lejos la exaltación de Franco a la Jefatura del Estado y más todavía el decreto de Unificación. El cardenal expresaba sus temores a que después del triunfo «de los buenos» las disensiones internas malograsen el fruto de la victoria. Por eso advertía al Vaticano que no se comprometiese «hacia determinados bandos de entre los que actualmente luchan unidos contra el anarquismo y el comunismo».³⁶ No fue más explícito; por eso no podemos saber a quién se refería.

El clero vasco en el exilio, que contaba con amplios apoyos en Francia, se unió a las presiones de quienes definían al nuevo Estado español como «fascista». Esta opinión causaba ciertos efectos. Por eso la Secretaría de Estado reaccionaba con aspreza ante las demandas de vigencia del Concordato; no quería que el nuevo Estado pudiera fabricar obispos a la medida de sus necesidades. Pacelli, no obstante el creciente aprecio hacia Franco, compartía esta opinión de una manera radical, como también lo hacía un joven monseñor, Juan Bautista Montini, que se ocupaba precisamente de los asuntos de España. Vidal y Barraquer insistiría en que se evitasen declaraciones demasiado radicales contra el bando rojo; temía que esto pusiera en peligro la restauración que en la clandestinidad se estaba efectuando de la Iglesia en Cataluña y las esperanzas que comenzaba a abrigar en posteriores negociaciones.

Eran dos aspectos radicalmente opuestos, pero íntimamente conectados. La Iglesia romana reconocía la existencia en España de una persecución durísima, implacable, sin concesiones. Al mismo tiempo estudiaba cuidadosamente cuál debía ser la política que menos daño causase a los católicos así como aquella que, en el futuro, diese a la Santa Sede libertad de acción. El 9 de setiembre de 1936 Pacelli recomendó a Vidal que no estuviera presente en la audiencia a peregrinos españoles en Castelgandolfo el día 14 del mismo mes; conocía el discurso y sabía que Pío XI estaba decidido a reconocer como mártires y confesores a los que padecían inicua persecución en España. La Iglesia no tenía más remedio que declararlo así. Juan Pablo II, pasado más de medio siglo, ha confirmado esta postura de la Iglesia al declarar beatos y santos a muchas de las víctimas de aquella persecución.

La Secretaría de Estado hizo una prueba: Pacelli escribió a Gomá y comunicó a Churrucá, apenas llegado a Roma, en la segunda quincena de julio de 1937 que Ildebrando Antoniutti iba en misión especial –no se decía más– para conseguir la repatriación de los niños vascos evacuados a causa de la guerra.³⁷ En la mañana del 27 de julio el cardenal no tuvo inconveniente en insinuar al diplomático que de ello dependía el establecimiento de relaciones. En la frontera se produjo un lamentable incidente: cuando el monseñor presentó sus papeles dijo, a preguntas de la policía, que iba a Bilbao. Un clérigo italiano que trataba de llegar a la ciudad recientemente

«liberada» era lo más indicado para infundir sospechas. Los custodios de la frontera trataron de impedirle el paso y fue necesaria la intervención de Sangróniz. Pronto se restablecieron las cosas: antes del 1 de agosto Antoniutti dio cuenta al Papa de las excelentes disposiciones que había encontrado en Franco, no sólo para la repatriación de los niños, cuestión de trámite, sino sobre todo en relación con los sacerdotes vascos capturados junto con los gudaris.³⁸

3. El 27 de agosto de 1937 el marqués de Aycinena presentó sus credenciales como encargado de negocios; el 7 de septiembre comunicó que Antoniutti había sido elevado a la misma condición. No era un nuncio en el pleno sentido de la palabra, pero actuaba como si lo fuera. Hubo reajustes inmediatos en las diócesis. El cardenal Segura fue nombrado arzobispo de Sevilla —no era posible desplazar a Gomá de la sede primada—,³⁹ Lauzurica confirmado en Vitoria, Arce Ochotorena pasó de Zamora a Oviedo, Antonio García y García de Tuy a Valladolid y se encomendó a los obispos de Tortosa y Huesca que administrasen Lérida y Barbastro hasta que se diera solución definitiva. El Cuartel General y la Junta Técnica guardaron silencio y cuando don Pablo Churrua pidió a su interlocutor Fernando Oliván que le enviara instrucciones, no le fueron dadas.

Sabemos que el encargado de negocios español, mucho antes de que fuera constituido el Consejo de Ministros, había planteado la cuestión de los dos obispos ausentes, con propósito firme de impedir que retornaran. La Santa Sede propuso, en el caso de Múgica, un nombramiento como obispo «in partibus», absteniéndose además de proceder a la ocupación en propiedad de la sede vitoriana. Pero el caso de Vidal y Barraquer era más difícil: se negaba a cualquier renuncia y justificaba su negativa a firmar la carta colectiva diciendo que seguía instrucciones de Pacelli; fue un error por su parte, pues el secretario de Estado negó este extremo. En realidad el Gobierno español carecía de toda justificación para solicitar de Roma un castigo al que de ninguna manera el arzobispo de Tarragona se había hecho acreedor.

Churrua fue invitado aquel año al banquete anual con que se conmemoraba la firma de los acuerdos de Letrán, el cual tuvo lugar el 30 de diciembre. Al término del mismo, Pacelli, al estrechar su mano, le dijo «Arriba España» y «Viva Franco», algo que había aprendido sin duda de sus interlocutores españoles. Las relaciones, por tanto, estaban en su mejor momento.⁴⁰ De pronto surgieron dos obstáculos que las enturbiaron: el nombramiento del P. Ballester para la diócesis de León y el telegrama de felicitación de Franco a Hitler en el momento de producirse la anexión de Austria. Fueron la demostración de la mutua desconfianza que podía estallar en cualquier momento.

Hasta el nombramiento del P. Carmelo Ballester, lazarista, no se había producido ninguna promoción de un presbítero al episcopado; sólo traslados de una sede a otra. La persona con que se pretendía acostumbrar al Gobierno español a la idea de que el Concordato ya no existía, fue mal elegida; nacido en España estaba nacionalizado francés y poseía pasaporte de esta nacionalidad. En cuanto director espiritual de las Hijas de la Caridad había tratado de suprimir la «congregación española» sometiéndolas a la dirección francesa; del mismo modo trataba de integrar a los Paúles de Cataluña, Valencia y Mallorca en la congregación francesa. Había protestas muy vivas y los españoles sospechaban de él connivencias con el separatismo. Chu-

rruca recibió instrucciones que cumplió el 15 de febrero de 1938 presentando una nota muy enérgica.⁴¹

Fundándose en el hecho de que no hubiera querido firmar la carta colectiva, Franco y sus colaboradores estaban decididos, ya en el verano de 1937, a no permitir el retorno del cardenal Vidal y Barraquer; desde sus primeros encuentros con el Generalísimo, Antoniutti advirtió que éste mostraba más estima por los rojos que por los separatistas, sobre todo si se trataba de clérigos. A pesar de la amistad que les unía, Pacelli no hizo del asunto del arzobispo de Tarragona una cuestión de confianza; prefirió en todo momento negociar, dando a veces la impresión de que confiaba en que cuando las aguas se serenasen habría lugar para un acuerdo. Lo importante era la cuestión del concordato. Había, en el Gobierno español, una fuerte corriente, de tradicionalistas apoyados en esta ocasión por falangistas, que exigía la puesta en vigor del concordato de 1851. A veces, don Pablo Churruga, que compartía esta opinión,⁴² se desesperaba porque no se le enviaban instrucciones más concretas. Jordana, responsable ahora de la política exterior, era mucho más flexible que sus compañeros de Gabinete y estaba dispuesto a negociar un *modus vivendi* provisional para el nombramiento de obispos mientras se llegaba a la firma de un nuevo concordato.⁴³ Pero en esto, con toda probabilidad, no contaba con el apoyo de Franco.

V. EL FRACASO DE MANUEL IRUJO.

1. Las cuestiones que se veían afectadas por la política vaticana eran tan complejas que un lector de nuestros días puede verse inducido a error si no las contempla en su totalidad. Roma observaba, con respecto al Régimen español, dos actitudes que pueden parecer paradójicas aunque son en verdad congruentes: apoyo sin límites a Franco (ningún gobernante español ha recibido tantos elogios como él desde la época de los Reyes Católicos); firme resolución de deshacer el régimen de Concordatos que, con daño para la autoridad del Papa, estaba implantado desde 1753, habiendo sido renovado en 1851. Del Concordato dependían, sin embargo, algunos importantes privilegios reconocidos a la Iglesia en España, a los cuales no estaba ésta dispuesta a renunciar. En una de sus primeras gestiones, Antoniutti pidió se reconociera a los obispos plena personalidad jurídica. Una de las primeras decisiones del nuevo Gobierno consistió en presentar ante la Santa Sede una nota oficial en que decía que «deseoso de dispensar a los prelados españoles las consideraciones derivadas de su condición, declara que reconoce la personalidad jurídica de los mismos en el ejercicio de su vida espiritual».⁴⁴

Era previsible que, si la Secretaría de Estado persistía en su negativa también el Gobierno de Franco se detendría en el camino de las concesiones. Había que negociar. Pero una negociación demasiado pública podía acarrear nuevas represalias en la otra zona, donde la presencia de un católico en el Ministerio de Justicia permitía abrigar algunas esperanzas. No sabemos en qué momento conoció Franco la existencia de contactos entre Irujo y Vidal y Barraquer; hay que decir que aumentaron el repudio que ya sentía hacia el cardenal arzobispo de Tarragona.

Negrín había designado a Irujo por una razón de alta política y de propagan-

da: el Gobierno de la República tenía que demostrar ante el mundo que no tenía prevención contra la Iglesia y que eran los curas «facciosos» los que le combatían. Demostración en extremo difícil con las iglesias cerradas, saqueados los tesoros, asesinados o encarcelados millares de religiosos y laicos por el mero hecho de ser católicos y una prensa desatada en campañas contra la fe. Irujo, que había conseguido la apertura de una capilla para los refugiados vascos —en donde se predicaba en euskera—, quiso hacer de ella la base para un restablecimiento privado y no público del culto. Instalado en Barcelona, conoció la existencia de una Iglesia en la clandestinidad que operaba ampliamente; a su frente se hallaba el vicario de la diócesis —el obispo había sido asesinado— José María Torrent, oratoriano.⁴⁵ Irujo se entrevistó con él (28 de noviembre de 1937) y le propuso la apertura de una iglesia, en lugar de capilla privada, en donde pudiera celebrarse culto en euskera, catalán y castellano, abierta a todos los católicos. El vicario preguntó al ministro qué garantías podía dar y descubrió que éstas faltaban en absoluto; a continuación informó a Pacelli explicando su postura. Una decisión de este tipo pondría en peligro a los fieles y sacerdotes que se atreviesen a concurrir y, sobre todo, detendría el crecimiento de la Iglesia clandestina que era muy grande.⁴⁶

Torrent creía que todo esto obedecía a razones de propaganda, como se demostró con los artículos subvencionados que aparecieron en *La Croix* de París y *La libre Belgique* de Bruselas; los católicos de estos países estaban dispuestos a creer en la buena fe del Gobierno de Barcelona porque temían que Hitler llegara a instalarse en España. Irujo estaba intentando otra maniobra semejante en Madrid: un decreto del 7 de agosto de 1937 autorizaba el culto privado —ya no podía considerarse delito la recepción de sacramentos— pero para el proyecto de apertura de un templo escogió al conocido Leocadio Lobo que pertenecía al Partido Comunista. Naturalmente, fracasó. Con la Curia diocesana instalada en Navacarnero y un vicario trabajando dentro de Madrid, José María García la Higuera, la Iglesia clandestina de la capital de España marchaba viento en popa.⁴⁷

El 11 de diciembre de 1937, fracasado en estas gestiones, Irujo abandonó el ministerio de Justicia, permaneciendo en el Gobierno como ministro sin cartera. Informó a Vidal y Barraquer, el 23 de mayo de 1938, de que el fracaso de sus gestiones se debía a la intransigencia de Torrent que había amenazado con suspender a divinis a los sacerdotes que colaborasen en su plan. Callaba entonces que Torrent había sido detenido poco tiempo antes, aunque por pocos días, y que una amenaza de recrudecimiento de la persecución estaba en el aire. Desde la misma ciudad de Barcelona, el embajador francés, Pierre Labonne, hugonote, desvirtuaba las buenas palabras del ministro con un informe demoledor: la religión católica había sido barrida y eran falsas las promesas de restauración.⁴⁸

2. El 3 de marzo de 1938 Franco recibió a Gomá en su despacho. Pensó, lo mismo que quienes le rodeaban, que el objeto era tomar la defensa del P. Carmelo Ballester. No hay datos que permitan sostener que fuese tal su decisión. El cardenal había recibido instrucciones de la Santa Sede y estaba planteando las relaciones entre ésta y el nuevo Estado español: tenía que convencerse al Generalísimo de que el concordato de 1851, denunciado por Roma al tiempo que la República lo quebrantaba, ya no existía. Franco, muy astutamente, hizo notar el contrasentido que significaba que se

rechazase el concordato y, al mismo tiempo, se estuviesen reclamando todos los privilegios amparados por aquél. Mostró a Gomá cuál era entonces su pensamiento.

Dijo concretamente que no pretendía que se volviera al antiguo derecho de presentación como en tiempos de la Monarquía, cuando el Rey proponía para cada vacante un solo nombre, porque esto no era bueno para la Iglesia y él era un creyente; estaba convencido al mismo tiempo de que el Estado tenía derecho a precaverse de nombramientos que le fueran perjudiciales, dejando a salvo la calidad personal de los que se propusiesen. En su opinión una fórmula conveniente sería aquella en que los metropolitanos, que disponían de las mejores fuentes de información para conocer quiénes eran más aptos, redactasen la lista de sacerdotes idóneos para el episcopado. Sobre estos nombres las dos partes interesadas, Gobierno y Santa Sede, podrían intercambiar información, formular reparos, descubrir las personas idóneas en cada caso. Y así el Papa, a quien correspondía finalmente hacer el nombramiento, dispondría de una fuente de datos que garantizaban el acierto.

Las posiciones se habían aproximado, pero aún quedaba un segmento para la divergencia: en el plan de Franco, que fue explicado por Gomá a Pío XI en su audiencia del 17 de mayo de 1938, ninguna iniciativa quedaba al Vaticano en la selección de «episcopables»; se le equiparaba al Estado ya que ni uno ni otro podían proponer.

De cualquier modo se trataba de negociar y para esto no servían simples encargados de negocios. A finales de marzo la decisión de nombrar un nuncio estaba tomada porque cuando la esposa de Aycinena, muy «indiscretamente» comentó con Pacelli qué buen nuncio haría Antoniutti, el secretario de Estado contestó que no era probable se le nombrase; aún no tenía el rango suficiente en la escala diplomática.⁴⁹ Eran los días en que se comentaba en Roma, con disgusto, el telegrama que Franco enviara a Hitler felicitándole por el Anschluss de Austria.⁵⁰ Hay, probablemente, una relación entre este hecho y la designación de Gaetano Cicognani: nuncio en Viena hasta el momento de la irrupción de los soldados nazis. El Papa esperó hasta la llegada de Gomá a Roma para comunicar el nombramiento;⁵¹ fue entonces cuando conoció la postura expuesta por Franco. El embajador enviado desde España, José Yanguas Messía, jurista de gran preparación, era un convencido absoluto de la vigencia del concordato.⁵² Gomá, en cambio, presentó en la Secretaría de Estado un informe de treinta folios en que coincidía plenamente con la política de Pacelli y urgía a que se llegara lo antes posible a una negociación. Importaba de manera especial que se restableciese el tribunal de la Rota en Madrid.⁵³

3. La elevación a nunciatura de la representación diplomática vaticana tuvo inmediata repercusión en la zona roja. El obispo de Teruel, encarcelado en Barcelona, no fue ni siquiera canjeado; como hemos dicho acabaría siendo asesinado. Mariano Ansó, que fue sucesor de Irujo en el Ministerio de Justicia, se apresuró a renovar (11 de enero de 1938) todas las disposiciones promulgadas en agosto de 1936 extendiendo responsabilidades civiles a los eclesiásticos y congregaciones religiosas. Invitó entonces a Vidal y Barraquer a que regresara a Tarragona, pero ¿cómo podía éste hacerlo sin dar a entender que se convertía en cómplice de quienes tenían en la cárcel a muchos sacerdotes de su diócesis, mientras otros permanecían escondidos para no sufrir la misma suerte? Negrín otorgó un salvoconducto al vicario de Tarragona,

Salvador Rial, permitiéndole viajar a Italia para convencer al cardenal. Azaña presionaba a Negrín para que, por lo menos, abriese un templo al culto público. Lo más que consiguió fue que el 20 de febrero de 1938 la Dirección General de Prisiones dictara una disposición permitiendo a los sacerdotes prestar auxilio espiritual a los presos. Seguía estando prohibida la celebración de misas en las cárceles.

Algunas tímidas medidas como la de enviar a los religiosos reclutas a unidades de sanidad o intendencia, o como ciertas declaraciones acerca de la posibilidad de celebrar culto privado, fueron tomadas. Pero ni siquiera Negrín se atrevió a incluir la libertad religiosa entre los puntos de su programa y habló sólo de «la conciencia ciudadana respetada por el Estado». Este punto sería explicado el 22 de mayo por el comisario general haciendo referencia al modelo de la URSS, en donde el culto era tolerado, pero se prohibía la propaganda religiosa y se hacía en cambio, con dinero del Estado, la del ateísmo. Es probable que si la duración de la guerra lo hubiera permitido, nuevas medidas de gracia se hubiesen adoptado en este terreno, pero al historiador asalta la duda de si todas ellas no tenían su origen en el clima de derrota que comenzaba a invadir a los republicanos.

²¹ Los detalles de la operación Montana no van a ser analizados aquí. Aparecen explicados en J. Velarde Fuertes, «Un aspecto del problema de la inversión de capitales extranjeros en España: el asunto Montana» y «Una nota sobre la política alemana en España (1936-1939)», *Revista Economía*, núm. 100, 1968, p. 135 y núm. 105, 1969, pp. 95-105.

²² Despacho Stohrer 15 de enero. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 463-465. El embajador recomendó a sus jefes que esperasen a la vuelta de Canarias que podría exponer esta nueva opinión.

²³ Los submarinos Mola y Sanjurjo hundieron el barco holandés «Hannah» el 11 de enero y el británico «Endimion» el 21. Salas Larrazábal, *La guerra*, p. 564.

²⁴ J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 299-301 y J. Tusell, *Franco*, pp. 200-201.

²⁵ Probablemente se trata de un estudio preparado en la primavera de 1938, cuando se da el primer empujón hacia el Mediterráneo y según se creía se preparaba el ataque a Cataluña. *Documentos*, I, pp. 166-173.

²⁶ J. Salas Larrazábal, *Influencia del empleo de la aviación...*, p. 384.

²⁷ Poseemos un precioso informe sobre el bombardeo de Valladolid (*Documentos*, I, pp. 177-182). El objetivo era seguramente destruir el nudo de comunicaciones ferroviarias: se lanzaron 66 bombas que cayeron, con bastante precisión, en un radio de 100 metros en torno a la Estación del Campo Grande, entre la calle de Panaderos y el barrio de las Delicias, es decir, una zona de obreros. Murieron 12 personas, entre ellas 4 mujeres, y fueron heridas 39.

²⁸ Franco pidió a Kindelán que elaborara un informe a base de observación aérea para conocer la verdadera capacidad combativa del enemigo. La respuesta fue que nada había cambiado y los rojos tenían la misma potencia. *Mis cuadernos...*, p. 121 y ss.

²⁹ J. Tusell y G. Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, pp. 17-18.

³⁰ *Wilhelmstrasse*, III, pp. 435-436.

³¹ Despacho de Stohrer 16 de diciembre, *Wilhelmstrasse*, III, pp. 437-438.

³² Despacho de 19 diciembre, *Wilhelmstrasse*, III, p. 442.

³³ Despacho de Stohrer 20 de diciembre, *Wilhelmstrasse*, III, pp. 443-446.

³⁴ Nota de la reunión, *Wilhelmstrasse*, III, pp. 452-454.

³⁵ Nota de 28 de enero sobre la conferencia, *Wilhelmstrasse*, III, pp. 471-474.

³⁶ Despacho de Stohrer 10 de febrero, *Wilhelmstrasse*, III, pp. 485-487.

³⁷ Despacho de Stohrer 8 de abril, *Wilhelmstrasse*, III, pp. 525-527.

Notas al Capítulo 30.

¹ R. Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda. La historia como fue. Memorias*. Barcelona, 1977, pp. 255-256.

² J. Tusell, *Franco*, p. 252. Me parece que es necesario insistir en que por la fecha de su redacción este informe es más una opinión del diplomático acerca de lo que iba a ser, y no de lo que era ya; no había elementos de juicio.

³ Hijo de una familia de larga tradición en el Ejército —su padre había sido alto comisario en Marruecos— el conde de Jordana tenía más de sesenta años; nació en 1876. Ingresó en la Academia Militar en 1892 y alcanzó a combatir en la Guerra de Cuba. En 1900, con grado de capitán del Estado Mayor, fue profesor en la Escuela Superior de Guerra. Africano como Franco, aunque de una generación anterior, sus ascensos a teniente coronel, coronel y general, fueron debidos a méritos de guerra. En 1928, ascendido a teniente general, Primo de Rivera le encargó la Alta Comisaría; el título de conde fue consecuencia de su excepcional comportamiento en el desembarco de Alhucemas. El Gobierno de la República le detuvo por sus inclinaciones monárquicas, inhabilitándole para el desempeño de cualquier función militar. Al comenzar el Alzamiento, Franco le encargó que organizara y presidiera el Tribunal Supremo de Justicia, con residencia en Valladolid. Ya hemos explicado cómo el 3 de julio de 1937 sustituyó a Dávila en la Presidencia de la Junta Técnica. Será más tarde presidente del Consejo de Estado y ministro de Asuntos Exteriores sustituyendo a Serrano Suñer. Los testimonios de los embajadores aliados, Hodgson, Hoare y Hayes abundan en

elogios a su persona y su conducta. Era tan honesto que, cuando murió, su familia se encontró con escasísimos recursos y se tuvo que aprobar por las Cortes una pensión especial. B. Crozier, *op. cit.*, I, p. 383. Las referencias que hemos conseguido reunir son, a este respecto, unánimes: se le consideraba un hombre superior, aunque no original en sus concepciones. Franco le respetaba y le escuchaba como a un maestro.

⁴ J. Tusell, *op. cit.*, pp. 195-198.

⁵ Nacido en Navarra en 1883 había seguido estudios de Derecho en Madrid. Discípulo y protegido de Vázquez de Mella, fue diputado carlista por la localidad de Aoiz en 1916. En el año 1922 era senador, y en las Cortes republicanas de 1931 fue también uno de los diputados tradicionalistas. En su inclinación a reconocer a don Juan entraba también el compromiso que se exigía a éste de mantener los postulados del carlismo. Había mostrado con valor y claridad su oposición al Frente Popular. Conviene recordar el papel decisivo que desempeñó en los momentos iniciales del Alzamiento frente a Manuel Fal Conde. También defendió la Unificación, aunque parece que dejó anotaciones posteriores sintiéndose defraudado. Equipo Mundo, *Los 90 ministros de Franco*, Barcelona, 1970, pp. 63-64.

⁶ Nacido el 24 de abril de 1878 procedía también de las escalas orgánicas del Estado Mayor. Su fama de honestidad, competencia y modestia fue muy grande entre sus compañeros de armas. Las guerra de Cuba y de África le proporcionaron los ascensos por méritos de guerra. Era general de División al comienzo de la guerra. *Los 90...*, pp. 35-38.

⁷ Andrés Amado y Reygondaud de Villabardet, nacido en 1886 estaba considerado como economista en un momento en que esta disciplina estaba dentro de la carrera de Derecho. Colaborador de Calvo Sotelo en el Ministerio de Hacienda como director general de Timbre. Cuando Calvo Sotelo creó el Bloque Nacional, Amado siguió con él, de modo que era diputado de las Cortes desde febrero de 1936.

⁸ La presencia de Sainz Rodríguez en este primer Consejo de Ministros abre ciertas incógnitas. Él mismo hizo una especie de chiste al anunciar un día antes que «sale la lista con el gordo». El gordo era él. Había sido opuesto a la Dictadura aunque desde el monarquismo extremo; esta condición, junto a su gran inteligencia puede explicarlo. Más adelante Franco y él se profesarían odio recíproco. Nacido en Madrid en 1898 ganó la cátedra de Lengua y Literatura de la Universidad de Oviedo, desde donde pasó a la de Bibliografía en la Central de Madrid. No quiso formar parte de aquel gobierno presidido por Berenguer para liquidar la Dictadura. Era diputado monárquico en las Cortes republicanas. Como ministro de Franco su obra más importante será la ley de reforma del Bachillerato del 20 setiembre de 1938, que daba primacía absoluta a las humanidades; como consecuencia se produjo en España un gran desarrollo de estas disciplinas. Años más tarde Franco coincidiría con Serrano Suñer en que la decisión de nombrarle había sido tomada por este último (F. Franco-Salgado, *op. cit.*, p. 281).

Franco atribuyó a Sainz Rodríguez una parte esencial del distanciamiento que entre él y don Juan se produjo. Así, al menos, lo comentó con algunos de sus colaboradores. También creyó que pertenecía a la masonería, cosa que el interesado, al que hemos de creer, negó resueltamente. Al margen de sus actividades políticas, valoradas, como es de suponer, de forma muy diversa según los sectores de opinión, Sainz Rodríguez ha sido un intelectual de enorme importancia, especialista en literatura mística española: sus trabajos de investigación, aunque no muy numerosos, son verdaderamente importantes.

⁹ En varias ocasiones anteriores, a lo largo de este estudio, nos hemos referido a él. Nacido en El Ferrol el 20 de mayo de 1891 era más compañero de Nicolás Franco que del Generalísimo. A los 12 años, esto es, 1903, consiguió ingresar en la Academia Naval Militar. Luego se hizo ingeniero naval y, en 1917, pasó al Cuerpo de Ingenieros de la Armada, en cuya escuela enseñó los años de 1917 a 1919. Se convirtió en experto muy conocido en la construcción naval. En 1932 abandonó la Armada y se convirtió en director de la Constructora Naval, cargo en el que cesó por haber defendido la nacionalización de esta industria. Detenido poco después de la victoria del Frente Popular, fue puesto en libertad ocho días antes del Alzamiento. Consiguió refugiarse en una Embajada y, después de nueve meses, llegó a la zona nacional. Entre sus éxitos más recientes figuraban la recuperación del destructor «Ciscar» hundido en El Musel y su puesta en servicio muy rápida. *Los 90 ministros...*, pp. 55-56.

¹⁰ Nacido en Madrid en 1882 era, sobre todo, un profesional muy conocido en la Ingeniería de Caminos y en la enseñanza de las Matemáticas. Consiguió llegar a la zona nacional a través de Francia en 1937. *Los 90 ministros...*, pp. 51-53.

¹¹ Es importante el informe del embajador Viola a Ciano el 5 de febrero; consideraba muy buena noticia la presencia de Serrano y de Sainz Rodríguez, a los que consideraba «suyos» así como la ausencia de Sangroniz, Bárcenas y Nicolás Franco, que tenía como enemigos del fascismo. J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 303-304.

¹² Nacido en Madrid el 12 de enero de 1896 era ingeniero de Caminos y colaborador de Juan de La Cierva. Su preocupación principal en el Ministerio sería ese principio de reforma social que quedó plasmado en el Fuero del Trabajo. *Los 90 ministros...* pp. 65-67.

¹³ Era el de más edad y también el más conocido en los ambientes políticos. La izquierda había trazado en su torno una verdadera leyenda negra. Nacido el 21 de mayo de 1862, obtuvo el grado de alférez en Toledo en 1884. Sirvió en Filipinas y en África y en 1909 era ya teniente coronel. Pidió destino a Marruecos al comenzar la guerra y fue ascendido a coronel. Ayudante de Alfonso XIII, dirigió la Academia de Toledo en 1912. Al ser ascendido reglamentariamente a general en 1914, volvió a África. En la crisis de 1917, siendo gobernador militar en Barcelona y más tarde también gobernador civil, hubo de ocuparse de la represión del terrorismo. Fue muy eficaz, lo que sirvió para que los anarquistas le escogieran como blanco de sus iras. Nadie se ha preocupado de comprobar la veracidad de esta leyenda negra. Ministro de Gobernación con Primo de Rivera, pasó a la reserva en 1930 siendo ya teniente general. La República le suspendió los abonos de retiro, viéndose obligado a efectuar trabajos más bien humillantes, en edad de jubilación, para sobrevivir. Decidió exiliarse. Restablecido en sus derechos durante el efímero periodo de influencia de Gil Robles, volvió a abandonar España con el triunfo del Frente Popular, regresó, encargándose del Instituto Nacional Antituberculoso: el impulso dado desde aquí permitiría desarraigar en pocos años esta terrible plaga.

¹⁴ Fernandez Cuesta había nacido en Madrid el 5 de octubre de 1896 y, como dijimos, participó en la fundación de Falange. Pertenecía al Cuerpo Jurídico de la Armada y era notario. Detenido el 14 de marzo de 1936 como secretario general de Falange, logró evadirse pero fue detenido de nuevo. Las circunstancias de su canje ya han sido explicadas.

¹⁵ La prensa, controlada por Serrano, contribuyó mucho a dar esta sensación de que era el cuñado de Franco verdadero hombre fuerte. También Rodezno, a cuyas notas ha tenido J. Tusell el privilegio de acceder (*Franco*, pp. 228-230), se mostraba especialmente enemigo de los proyectos de Serrano Suñer y sus colaboradores.

¹⁶ Despacho Stohrer de 1 de febrero. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 477-479.

¹⁷ Tenemos constancia de que Franco tenía en su poder copias de los planos y posiciones que hoy existen en el Archivo Histórico Militar.

¹⁸ J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra civil*, pp. 564-570.

¹⁹ J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 302-303.

²⁰ Dos documentos bastante extensos, que contienen propuestas para la reorganización, uno de 9 de setiembre de 1937 y otro probablemente de 1938 se encontraban entre los papeles que Franco conservaba. Cervera recomendaba la creación de un Ministerio de Marina.

²¹ Los cuairo destructores italianos vendidos tenían 29 años de antigüedad. El 23 de julio el Consejo Superior de la Armada había tomado el acuerdo de comprar ocho, pero Alemania se negó a vender ninguno e Italia ofreció éstos porque ya no servían más que para desguace.

²² J. Cervera Valderrama, *Memorias de guerra (1936-1939)*, Madrid, 1968, p. 226. El viejo crucero «República», cambiado ahora su nombre por el de «Navarra», fue enviado a sustituir al «Baleares»; no podía en modo alguno compararse con él.

²³ J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra civil*, p. 572.

²⁴ Los gastos asignados para la compra del material italiano necesario se evaluaron en 109 millones de liras. Hay un decreto del 11 de julio y un informe técnico posterior de agosto de 1938. En ambos se insiste en lograr autosuficiencia en la construcción de barcos de guerra.

²⁵ *Franco visto por sus ministros*, ed. Planeta, Barcelona, 1981, p. 36.

²⁶ Despacho de 10 de febrero. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 485-487.

²⁷ Este memorandum se contiene en dos hojas manuscritas del propio Franco, que ha sido reproducido en facsímil por ed. Urbión en *Franco, la historia y sus documentos*.

²⁸ Probablemente conocía que el 6 de noviembre de 1937 Mussolini había confiado a von Neurath su propósito de permanecer en la base de Palma el mayor tiempo posible utilizándola en caso de guerra.

²⁹ *Pensamiento político*, II, pp. 50-571. Completar este pensamiento con la obra de Eugenio Vegas, *La frustración en la victoria. Memorias políticas. 1938-1942*, Ed. Actas, Madrid, 1995.

³⁰ Franco había escrito en su borrador «restablecer la verdad histórica» y también «conquista del imperio espiritual en América», pero ambas frases fueron suprimidas en el discurso. No figuraba mención alguna acerca de Marruecos.

³¹ J. Tusell, *Franco*, pp. 280-283.

³² Cartas de Queipo a Franco y a la inversa en noviembre de 1938, *Documentos*, I, pp. 202-206.

³³ El 2 de febrero Rodezno comunicó a Roma la relación de leyes que, a su juicio, era preciso derogar, algunas de las cuales obligarían a un trabajo minucioso y a veces lento. Por ejemplo la ley de divorcio, suspendida inmediatamente, no pudo ser anulada hasta el 23 de diciembre de 1939. M.^a L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, pp. 293-297.

³⁴ La Compañía de Jesús venía actuando públicamente desde el 18 de julio en toda la zona nacional, pero la reintegración en sus bienes exigió un trabajo previo que duró hasta el 3 de mayo de 1938. En agradecimiento el general de los jesuitas, padre Ledochowski otorgó a Franco un privilegio excepcional, muy pocas veces concedido en toda la Historia, el título de *Fundador*. En virtud de este privilegio todos los jesuitas, en el mundo entero, quedaban obligados a celebrar tres misas en el momento del fallecimiento del Generalísimo. Ignoro si lo cumplieron.

³⁵ V. Cárcel Ortí, *op. cit.*, pp. 267-268.

³⁶ V. Cárcel Ortí, *op. cit.*, pp. 270-275.

³⁷ Cartas de Churruga de 24 y 27 de julio, 3, 10 y 28 de agosto con sus respuestas pub. A. Marquina, *op. cit.*, pp. 350-358.

³⁸ A. Marquina, *op. cit.*, p. 65.

³⁹ «Causará en los españoles muy buena impresión», escribió Churruga. A. Marquina, *op. cit.*, p. 359.

⁴⁰ Despacho de 1 de enero de 1938. A. Marquina, *op. cit.*, pp. 365-366.

⁴¹ La protesta fue presentada el 15 de febrero y produjo muy mal efecto. La Secretaría de Estado daba por sentado que, ante la importancia que para la Causa nacional revestía el reconocimiento Vaticano, el Gobierno aceptaría las nuevas normas. Pacelli y Tardini dejaron bien claro en sus disputas con Aycinena que Roma consideraba concluido el concordato. Pero tampoco se cumplía en este caso el derecho ordinario: no se había producido una previa propuesta. A. Marquina, *op. cit.*, pp. 367-369.

⁴² Por ejemplo en su carta de 15 de febrero de 1938. A. Marquina, *op. cit.*, p. 367.

⁴³ Jordana a Churruga, 14 de marzo, publicada en A. Marquina, p. 372.

⁴⁴ La nota fue enviada por Jordana a Churruga el 14 de marzo con encargo de presentarla. A. Marquina, *op. cit.*, p. 374.

⁴⁵ Es imprescindible el estudio de A. Manent y J. Raventós, *L'Església clandestina a Catalunya durant la guerra civil. Els intents de restablir el culte públic (1936-1939)*, Monserrat, 1984.

⁴⁶ La actitud del vicario es explicada aunque no defendida por H. Raguer, *La Unió democràtica de Catalunya i el seu temps (1931-1939)*, Montserrat, 1976, pp. 485-488.

⁴⁷ A. Pazos, *La resistencia religiosa...*, pp. 188-190.

⁴⁸ V. Cárcel, *op. cit.*, pp. 304-305.

⁴⁹ Despacho Churruga de 28 de marzo de 1938. A. Marquina, p. 374.

⁵⁰ La cuestión del telegrama, suscitada el 25 de marzo en Roma, demuestra hasta qué punto estaban los nervios a flor de piel. Austria era el gran bastión del catolicismo en

Centroeuropa y desempeñaba un papel de gran importancia en la Iglesia católica. Su incorporación al III Reich constituía para ésta una amenaza muy grave. Sin embargo el telegrama de Franco era muy hábil: se refería a la lucha común contra el comunismo evitando de esta manera hablar directamente de la anexión. El marqués de Aycinena intentó explicarlo en la Secretaría de Estado pero no fue atendido.

⁵¹ Gomá iba a asistir al Congreso Eucarístico de Budapest. Al regreso fue recibido por el Papa como dijimos. M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 305-306.

⁵² La postura española en relación con el concordato era la siguiente:

- la ilegitimidad del Gobierno republicano hacía que careciesen de valor jurídico cuantas disposiciones hubiesen sido tomadas. En consecuencia debía hablarse no de una supresión del concordato sino de un tiempo en que había estado en suspenso.
- el Alzamiento nacional se había producido para volver a la legitimidad histórica o, en otras palabras, para retornar al 13 de abril de 1931, momento en que el concordato seguía vigente.
- todas las leyes anticlericales o antirreligiosas estaban ligadas al hecho de esa suspensión de los vínculos concordatarios.
- El Gobierno estaba dispuesto a reconocer en bloque todos los privilegios y status de la Iglesia vigentes el 13 de abril en caso de que se reconociera que la República era sólo un paréntesis.
- Había el precedente de las Repúblicas hispanoamericanas, que vieron reconocidos los acuerdos existentes entre la Sede romana y la Monarquía española.
- En principio, de modo provisional, se aceptaba utilizar los procedimientos fijados en los artículos 19 y 20 del concordato italiano.

⁵³ Ver las instrucciones de Jordana de 8 de abril de 1938, pub. por A. Marquina, pp. 377-379.

Notas al Capítulo 31.

¹ Para este capítulo es imprescindible J. M. Martínez Bande, *La llegada al mar*, Madrid, 1975, pp. 13-22.

² En los mapas elaborados al respecto se señalaban los objetivos militares existentes en Barcelona, Figueras, Granollers, Valencia. Alicante y Cartagena, advirtiendo a los pilotos que debían tener cuidado. En torno a Barcelona se señalaba un círculo de 10 kilómetros: había que destruir los transformadores de San Adrián de Besós, San Andrés y Sans, pero no atacar en cambio las centrales eléctricas que deberían estar en condiciones de producir en el momento de la ocupación. La misión sería cumplida desde Palma (*Documentos*, I, pp. 166-173). Años más tarde Franco insistiría en que sólo se habían bombardeado objetivos militares muy seleccionados (Franco-Salgado, *op. cit.*, p. 494).

³ R. Salas Larrazábal, *Ejército popular*, II, pp. 1.722.

⁴ En su informe del 17 de febrero, von Stohrer describiría el plan de participación llegada a su conocimiento. Madrid y Andalucía se entregarían a Franco. De este modo quedaría consolidada una República en Cataluña y Valencia, que quedaría bajo la protección y garantía militar de Francia. El separatismo se consumaba. Pero «por otra parte se estudiaba igualmente el proyecto de formación de una Monarquía constitucional que sería confiada al infante don Juan. Los ingleses habrían tenido la idea, en razón de las dificultades para hacer admitir una Federación a la España Franquista y una Monarquía a la España roja, de recurrir a una solución provisional bajo la égida de hombres políticos que no estuviesen comprometidos ni del lado de los blancos ni del de los rojos, que habrían podido terminarse por elecciones populares acerca del Régimen futuro». Este gobierno provisional sería presidido por Madariaga. *Wilhelmstrasse*, III, p. 488-489.

⁵ Sobre la situación europea ver W. Watkins, *Britain divided*, Londres, 1963 y RAC Parker, *El siglo XX. Europa 1918-1945*, Madrid, 1978, p. 320 y ss.

⁶ Existe un testimonio decisivo de Antonio Cordon, *Testimonio*, París, 1971, p. 380. No